LOS PRIMEROS DÍAS



PREFACIO: «SI NO PODEMOS ALZAR LA VOZ, SUSURREMOS»

Toda historia tiene un principio y un final pero esta es diferente. No tiene principio porque es un misterio, no tiene final porque no ha acabado. Indagar su origen solo arroja una aproximación a un cuándo, finales de diciembre de 2019, y a un dónde marcado para la posteridad: la ciudad de Wuhan, en el interior de la República Popular China. Comencemos, por tanto, en aquellas fechas.

Faltaban un par de semanas para que acabara el año cuando en la capital de la provincia de Hubei se detectaron los primeros casos de una neumonía de origen desconocido. Recuerdo haber leído una breve noticia al respecto en algún medio digital chino, en alguna de las largas tardes que paso sentado en mi despacho en Sanlitun Soho. Se trata de un complejo de modernos edificios situado en el corazón comercial de Pekín, uno de los metros cuadrados más cotizados de la corteza terrestre, motivo por el cual apenas puedo permitirme una habitación de dos por dos sin ventanas, un pequeño armario en cuyo interior cumplo con la labor de añadir, cada día, una nueva hoja a nuestro íntimo diario colectivo: el periódico.

Un mes más tarde me convertiría en uno de los pocos corresponsales internacionales, apenas

siete, que permanecieron en el epicentro de la plaga cuando el Gobierno chino decretó el cierre de la ciudad. Lo que sigue es una crónica de aquellos primeros días. Con el mundo convertido ya en Orán, encuentro en el arranque de *La Peste* mi justificación primera. «Por lo demás, el narrador no tendría ningún título que arrogarse en semejante empresa si la fuerza de las cosas no le hubiera mezclado con todo lo que intenta relatar». Todo lo que aquí está escrito, no obstante, es cierto, pues así sucedió. Le invito a mirar con mis ojos, escuchar con mis oídos, tocar con mis manos —no por ello deje de lavarse las suyas— y servirse de mi memoria para recordar qué ocurrió en Wuhan tras quedar aislada del resto del mundo, el cual todavía permanecía ajeno a la inminente catástrofe.

Memoria, decía. «Somos personas —anónimas, insignificantes— sin capacidad de recordar. Nuestras memorias individuales han sido programadas, suplantadas y eliminadas. Siempre son otros los que deciden qué debe ser recordado y qué olvidado, cuándo es tiempo de silencio y cuándo de algarabía». De estas palabras del escritor chino Yan Lianke emerge la segunda justificación. La memoria, pese a ser una herramienta de empleo individual, remite a la verdad histórica. En especial en el seno de aquellos colectivos para los que la segunda está amenazada y la primera pasa por ser su último reducto. Por ello he resuelto dejar constancia de la parte que me corresponde. Para que la

historia se complete con la urdimbre de tantas voces «anónimas e insignificantes» antes de que sea demasiado tarde. Para que se cumpla el ruego final de Yan: «Si no podemos alzar la voz, susurremos. Si no podemos susurrar, guardemos silencio y conservemos la memoria y los recuerdos. Que nuestra memoria sea indeleble, para que podamos algún día transmitirla a las generaciones venideras».

Pero eso será más adelante. Entonces, con la nariz a dos palmos de la pantalla, opté por dejar correr aquella primera noticia. Todavía se conocían muy pocos detalles al respecto y la marejada informativa amenazaba por otros frentes: el juicio de la matanza de Ampatuan en Filipinas; la exención de aranceles a ochocientos cincuenta productos norteamericanos que presagiaba el fin de la guerra comercial entre China y Estados Unidos; el aplazamiento de la retirada de las aguas contaminadas de la central nuclear de Fukushima en Japón; el escandaloso divorcio del exrey de Malasia tras renunciar al trono; la condena al científico He Jiankui por modificar genéticamente tres embriones humanos; la fuga al Líbano del expresidente de Nissan Carlos Ghosn; el fin de la moratoria de los ensayos armamentísticos de Corea del Norte por el fracaso de las históricas negociaciones entre Kim Jong-un y Donald Trump... Todo estaba a punto de quedar sumido en la irrelevancia.

Dejé correr aquella primera noticia, pues confiaba en que también las olas de la actualidad

acaban por devolver a la costa cualquier objeto valioso. Cuando, en efecto, regresó, lo hizo en forma de un maremoto que arrasó no solo con la normalidad de un humilde guardacostas, sino con la del planeta entero. Pero de aquella nadie, o casi nadie, lo sabía. «Ya es tiempo, quizá, de dejar los comentarios y las precauciones del lenguaje para llegar a la narración misma», se apremiaba Camus. «El relato de los primeros días exige cierta minuciosidad».

PARTE I: LA LLEGADA

1. «UN NUEVO VIRUS»

2020 empezó como lo hacen todos los años. Con la misma promesa de dispensar anhelos satisfechos; un fugaz frenesí, en realidad, antes de regresar a la monotonía ordinaria. O no. Unos pocos días después, el jueves 9 de enero, crucé Pekín para acudir al hospital a causa de una leve gripe que más adelante sería motivo de grandes inquietudes. Sentado en la sala de espera, comencé a escribir el primer artículo sobre el coronavirus publicado en las páginas del periódico.

«Un nuevo virus tiene a China en alerta», comenzaba aquel texto. La clave del hecho noticioso residía en que un grupo de científicos había logrado aislar la secuencia genética del patógeno causante de la misteriosa neumonía de Wuhan, la cual no respondía a las pruebas de cualquier dolencia conocida. La conclusión: se trataba de un nuevo coronavirus, el séptimo descubierto hasta la fecha. Cuatro de ellos provocan síntomas leves similares a los de un resfriado común. Los otros dos, en cambio, son por desgracia célebres. El SARS, también originado en China, provocó la muerte de más de 700 personas en todo el mundo entre 2002 y 2003. El MERS, identificado en Arabia Saudí en 2012, se había cobrado 861 vidas para finales de 2019.

Las pruebas médicas habían confirmado la presencia del coronavirus en al menos 15 de los 59 casos en observación. Los infectados tenían como vínculo común el mercado de Huanan, una zona en la que se comercializaba todo tipo de animales salvajes sin ningún control sanitario. El recinto había sido desinfectado y llevaba clausurado desde el 1 de enero. A tenor de los detalles facilitados por la Administración regional, la situación no parecía alarmante. «Hasta la fecha, ninguno de los enfermos ha fallecido e incluso ocho pacientes, los cuales ya no mostraban ningún síntoma, fueron dados de alta ayer miércoles». Y, por último, lo que pronto demostraría ser una mentira flagrante. «Las autoridades sanitarias locales han asegurado que no se ha detectado ninguna transmisión entre humanos».

Sobre el terreno se sabía desde hacía semanas que esto no era verdad. El médico Li Wenliang, quien más tarde se infectaría y fallecería convertido en un héroe, había dado la voz de alarma el 30 de diciembre y por ello fue obligado a retractarse. Ya el 24 de diciembre un hospital de la ciudad había hecho llegar a la Comisión Municipal de Sanidad de Wuhan una muestra del virus, cuyo examen reflejó muchas similitudes con el causante del SARS. El 1 de enero, no obstante, un responsable de la Comisión habría ordenado detener las pruebas y destruir las muestras, así como cualquier otra información al respecto; según reveló el medio chino *Caixin*.

Cuando el 8 de enero un equipo de expertos enviados por el Gobierno central visitó algunos de los centros sanitarios de la población, también se ocultó la existencia de personal médico infectado.

Pero si algo preocupaba entonces era la proximidad del año nuevo lunar, que en 2020 caía el 25 de enero, apenas dos semanas más tarde. Se trata de la festividad nacional más importante de China, unos días de descanso en los que la tradición manda regresar al hogar familiar; aunque muchos, cada vez más, aprovechan para irse de vacaciones al extranjero. Esto se traduce en la mayor migración humana del mundo, tres mil millones de desplazamientos en menos de un mes: el peor escenario para la propagación de un virus recién descubierto.

El patógeno siguió expandiéndose, y a mí no se me escapaba la ironía de informar desde un escritorio lleno de pañuelos de papel a medio usar. El 11 de enero, dos días después de aquel artículo inicial, se cobró su primera vida: un varón de 61 años que sufría de patologías respiratorias previas. Los 15 infectados se habían convertido ya en 41, 7 de ellos en estado grave. Las autoridades redoblaron su mensaje, ocultando la gravedad de los hechos. «No hay pruebas de que se transmita entre humanos», insistía un portavoz de la Comisión Municipal de Sanidad de Wuhan. «La gente que ha estado en contacto directo con los enfermos, personal sanitario incluido, no se ha contagiado». La realidad, sin

embargo, siempre acaba por abrirse paso. El 13 de enero se registró en Tailandia el primer caso fuera de China, una mujer que había visitado Wuhan pero no había puesto pie en el mercado de Huanan. Las mentiras de las autoridades chinas comenzaban a desmoronarse.

El fin de semana siguiente las cifras oficiales dieron un salto, evidenciando que la situación estaba fuera de control. Las autoridades anunciaron 136 nuevos positivos, 59 el sábado y 77 el domingo, lo que elevó el número total de casos a 198. Era el principio de una curva estadística que crecía casi vertical. También se detectaron, además, las tres primeras infecciones en suelo chino fuera de Wuhan, lo que indicaba que el virus corría rampante dentro del país: dos en la capital, Pekín, y otra en Shenzhen, la pujante ciudad al otro lado de la frontera con Hong Kong. Tanto China como el resto de naciones asiáticas comenzaron a extremar las medidas de seguridad en aeropuertos y estaciones de tren. Imágenes difundidas en redes sociales mostraban un grupo de trabajadores sanitarios que vestían equipos de protección y revisaban, uno a uno, la temperatura corporal de todos los pasajeros de un avión presto a abandonar Wuhan. Esta escena, tan impactante entonces, pronto se volvería habitual.

Hubo que esperar hasta el 20 de enero para que el Gobierno chino admitiera, por fin, lo que ya era evidente: la infección se transmitía entre humanos. «El reciente brote de una nueva

neumonía por coronavirus en Wuhan debe tomarse en serio», afirmó el líder Xi Jinping en su primera declaración pública al respecto. «Los comités del Partido, los gobiernos y los departamentos relevantes en todos los niveles de la Administración deben poner en primer lugar la vida y la salud de las personas». Documentos filtrados meses después a la agencia *Associated Press* revelaron que el Gobierno central ya sabía que se enfrentaba a una incipiente pandemia desde al menos seis días antes. Su protocolo de actuación interna había sido activado el 14 de enero de manera confidencial, sin alertar a los ciudadanos ni a la comunidad internacional. Hasta ese mismo día, también la Organización Mundial de la Salud (OMS) sostuvo que «no había evidencias claras de la transmisión entre humanos». Seis días no son mucho tiempo, pero tuvieron lugar en un momento crítico: el despertar del brote. Estudios académicos posteriores estimaban que, de no haberse producido este retraso intencionado, el número de casos a nivel global se hubiera reducido hasta en un 66% durante la primera oleada.

Para cuando llegó la confirmación ya había más de 300 infectados y 6 muertos. Fuera de Wuhan se habían detectado al menos 38 casos repartidos en 15 grandes urbes chinas. La epidemia, además, había alcanzado las costas de cuatro países vecinos: Tailandia, Japón, Corea del Sur y Taiwán. El día anterior, la OMS había realizado una visita al epicentro de la plaga

junto con un grupo de expertos chinos liderados por Zhong Nanshan, científico octogenario convertido en héroe tras dirigir la acción gubernamental contra el SARS tres lustros atrás. Los hallazgos fueron desalentadores: hasta 15 sanitarios habían contraído el virus, 14 de ellos infectados por un solo paciente, lo que abría la puerta a la existencia de supercontagiadores. La organización internacional comunicó que al día siguiente, miércoles 22, celebraría una reunión extraordinaria para decidir si declaraba una «emergencia de salud pública internacional». Por su parte, el Consejo de Estado chino, la mayor autoridad en la Administración del Estado, programó su primera rueda de prensa, en la que iba a dar detalles sobre la evolución del virus. Allí, entre muchos otros periodistas internacionales, iba a estar yo.